

Panamá, 15 de Julio de 1918.

AÑO  
III



# PRELUDIOS

(REVISTA MENSUAL)

Organo de los años superiores del Instituto Nacional de Panamá

NUM.  
2



T. R. CESPEDES A.

DIRECTORES:

S. GONZALEZ R.

## NOTA EDITORIAL



### JOVENES DE PRELUDIOS:

Habéis sido deferentes conmigo pidiéndome una nota para vuestra revista; pero me la habéis pedido en momentos difíciles que han alejado de mi espíritu la serenidad que habría deseado para complaceros debidamente. Por eso, en espera de mejor ocasión, apenas os ofrezco ahora una traducción de *Le départ des hirondelles*, tomada del libro *Nos oiseaux* del poeta y novelista francés André Theuriet, miembro de la Academia de su país. La composición os gustará, que ella lleva al corazón una delicada impresión de ternura que eleva el sentimiento.

### LA PARTIDA DE LAS GOLONDRINAS

Las vi llegar en gran número sobre la plaza una tarde de fines de Septiembre. El tiempo era hermoso y ya habían llegado las vendimias. Un alegre sol caía sobre los techos húmedos, y, en las dos extremidades de la calle, advertía entre nuestras casas los ribazos de pendientes tejidas de viñas. De todas las calles adyacentes desembocaban las golondrinas. Remolineaban un momento en el cielo y luego venían a posarse sobre los vuelos de las ventanas y los entablamentos de las cornisas. Los sostenes de los balcones y los frisos estuvieron muy pronto adornados con un largo cordón de cabecitas negras que se movían suavemente con ligeros gor-

jeos melodiosos. De vez en cuando una golondrina rompía el cordón y, de una volada recorría el frente de la línea para examinar si todo estaba en orden y si la tropa estaba completa. --Nó.-- Todavía no. A cada instante llegaban a prisa las remolonas. El grueso de la banda las acogía con gritos animados e impacientes, después, siempre con tumultos, se estrecha para darles puesto.

Poco a poco se hizo un gran silencio, un silencio casi solemne. El sol, más bajo, lanzaba rayos oblicuos a la calle y la sombra de los ribazos se prolongaba sobre la ciudad. De repente, de una sola volada, la tropa de las golondrinas hendió el aire con un confuso estremecimiento de alas agitadas. Durante un momento el cielo fue oscurecido por ese negro batallón que se cernía por encima de la plaza, después las golondrinas, formándose en una larga fila remolineadora, emprendieron su vuelo hacia el Sur y desaparecieron en los vapores que esfumaban el horizonte.

Cuando bajé los ojos al suelo, la ciudad entera me pareció mohina y despoblada, y permanecí mucho tiempo inmóvil en la ventana, presa de ese sentimiento de aislamiento y de tristeza que sigue siempre a las grandes tristezas.

M. P.



## RESOLUCION



Por falta de espacio no insertamos en el número anterior de esta revista, una resolución de la «Sociedad Minerva». Hoy lo hacemos con sumo placer, en espera de que el público consciente sabrá apreciar tal Resolución como un brote espontáneo de los socios minervinos. He aquí el texto de dicha Resolución:

### LA SOCIEDAD MINERVA

#### *Considerando:*

1º Que el día 3 de los corrientes, a las 9.20 a. m., dejó de existir en esta ciudad el insigne estadista Dr. Ramón M. Valdés, hasta hace poco Presidente de la República;

2º Que el Dr. Valdés fué es-

pejo de las mayores virtudes cívicas y ciudadanas;

3º Que con su prematura desaparición las letras pierden uno de sus más caracterizados representantes y la Patria un varón, egregio e inmaculado defensor de sus intereses;

4º Que las sociedades como «Minerva», altamente idealistas, no pueden guardar silencio ante un acontecimiento tan grave y tan solemne en esta hora de «desgracia nacional»,

RESUELVE:

1º Deplorar de una manera especial el infausto acontecimien-

to que llena de luto los corazones;

2º Hacer constar copia de esta Resolución en el acta y enviar otra a la familia del ilustre republicano y, por último, levantar la presente sesión en señal de duelo.

El Presidente,

(fdo.) T. R. CÉSPEDES

El Secretario,

(fdo.) *Aurelio Méndez*

Panamá, 8 de Junio de 1918.

---

## Julia del Carmen Clare

---

Con su fina y diminuta mano, recorrió el sábado 22 de los corrientes las cortinas del misterioso Santuario de la Muerte, y penetró en él, la espiritual señorita Julia del Carmen Clare: ¡También hay cabida para las jóvenes en ese Palacio Triste!....

Cuando apenas ese botón de Rosa de Francia comenzaba a abrir, dejando ver por entre el verde de su cáliz lo sonrosado de sus pétalos, la Parca, al ver la flor tan bella que sería, según con su fatídica guadaña el pecíolo y colocó el preciado botón sobre su seno: ¡Dios no quiere aún que existan la virtud y la pureza aquí en la Tierra!

¡Tan sólo catorce Primaveras había visto!....

Años ha no más la conocí, y desde el primer instante que poseí mis miradas en su rostro, leí en él la inocencia, la pureza, el candor....

Jamás palabra alguna llegué a dirigirle, pero en cambio, ví tras sus miradas y sonrisas, el estado tranquilo de su alma, su carácter jovial, su bondad....

Debiera escribirle en azucenas, en lirios, en heliotropos, porque era muy pura, muy joven, y porque le era enteramente desconocido el dolor y el sufrimiento....

Su expresión fue la sonrisa; su sufrir: las alegrías....

Y su muerte, cual la de una virgen, fue grandiosa y bella: en medio de sus queridos padres, hermanos y demás familia, en presencia de un Crucifijo, con su conciencia límpida, y sin siquiera haber saboreado nada del acíbar de esta vida.....

Siento una nostalgia infinita por su desaparición eterna, porque siempre amé lo bueno, lo puro, lo bello.....

Cubran su blanca tumba jazmines y rosas blancas, símbolos de niñez y de inocencia.....

LUIS A. MORALES H.

Panamá, Junio de 1918.



Blanca es la luz de la apacible luna,  
blanca la espuma de los grandes mares,  
blancas las alas de los níveos cisnes  
y blanca la corona de azahares.

Es blanco el color de la inocencia,  
blancas hay infinidad de flores,  
son bellas y de nítida blancura  
las alas del «dios de los amores».

Blanca la mortaja de la niña  
que lleva al cielo su virgínea palma.  
Quien es franca, fiel y generosa,  
blanca debe también tener el alma.

*Nidia*

## BOLIVAR

(Continuación)

Después de estos cinco años de permanencia en la «ciudad Luz», resolvió Bolívar volver a su tierra y a su regreso pasó por Estados Unidos, nación ya independiente, en donde pudo admirar la buena marcha de una República y el valor inapreciable de la libertad, cosas éstas que le estimularon para la realización de la noble idea que concibió un día en el monte Sacro, cuando, delante de su maestro, «húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con animación casi febril», lanzó al mundo su juramento: «Juro delante de Ud.; juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español»; juramento éste, el más sublime que puede darse; dedicar la vida, su reposo y su felicidad, a la lucha por el bien de sus conterráneos, por la libertad de la patria.

Bullente pues en el corazón de Bolívar el fuego sagrado del patriotismo y acampado en su imaginación el ideal noble de la libertad, sólo faltaba una ocasión propicia para que estallara el volcán en el corazón del héroe para que se diera comienzo a la obra gigante de romper cadenas en luchas encarnizadas y sangrientas, de libertar al pueblo americano que doblaba su rodi-

lla ante un tirano, y ayudarlo a alzar su frente altiva y emprender el combate con furias de pantera hasta alcanzar la libertad, el bien más precioso de los hombres.

La ocasión sólo faltaba y pronto se presentó. Fue la llegada de los comisionados de José Bonaparte que quería hacerse reconocer soberano de España. Esta fue la ocasión, éste el momento supremo: «Tronó la tempestad, tembló la tierra y dió principio fiero combatir». Los hijos de la tierna América sintieron en su corazón la rebeldía y cual leones furiosos rugieron y con esfuerzo titánico, rompieron las cadenas que los maniataban lanzándose a la lucha con sin igual ardor; y después de mil batallas en donde derramaron su sangre millares de valientes, lograron colocar en las cumbres andinas la enseña hermosa de la libertad que suavemente tremola desde entonces en la morada del cóndor mostrando al mundo sus vívidos colores, símbolos de la felicidad que reina en estas tierras y de la rebeldía del corazón americano dispuesto a no dejarse avasallar.

En efecto, llegado este momento, Bolívar y sus conterráneos dieron principio a la lucha; inmediatamente dio Bolívar comienzo a la noble tarea de libertar su patria oprimida y, pensando en que él no sería competente para dirigir la lucha, entregó el mando a Miranda (porque él sólo

ambicionaba el bien de su patria). Pero al ser derrotado Miranda por los españoles, creyó prudente Bolívar encargarse del mando, confiado tal vez en el poder supremo que tiene el interés propio que en este caso era el interés de la patria.

Desde entonces empezó un período de agitación en la vida del héroe, y por más de 14 años deregar incesante, pasó su vida por fases enteramente contradictorias, ora ciñendo laureles de triunfo, ora sufriendo las conse-

cuencias del fracaso, pero siempre con voluntad firme, espíritu recto, corazón grande y noble y alma llena de fe y entusiasmo, pues aun en los momentos más críticos, cuando las almas más fuertes se sentían desfallecer, Bolívar, con ánimo que no parecía humano, hablaba de victorias que muy en breve obtenía esta especie de visionario, patriota elevado a lo sublime.

SERGIO GONZÁLEZ R.

(Continuará)

---

## Dificultades de la escuela en la educación moral

---

El obstáculo más serio y de vencimiento costoso que se presenta a la escuela en la educación moral, es la estrechez de su campo de acción, en el cual es imposible realizar ciertas actividades de suma importancia que en la vida diaria se observan. (Honradez periodística y comercial). El recinto escolar posee pocas oportunidades. El fin de la educación es hacer al individuo socialmente eficiente, es decir, que se amolde a los estímulos correspondientes de la vida social, fin que no lo consigue la escuela por sí sola, sino mediante la cooperación de otras instituciones como la biblioteca y el hogar. Pero he aquí que falta

la biblioteca y que el hogar no cumple su deber en la realización de esta doble tarea cuando, según Smiles, «El hogar doméstico es el cristal de la sociedad, el núcleo del carácter nacional; y de esa fuente, sea pura o turbia, nacerán los hábitos, los principios y las máximas que gobiernan la vida pública lo mismo que la privada.

Los hábitos son parte esencial de la conducta y, según ellos, el individuo obrará conforme al bien o al mal. A veces vienen a la escuela niños que han adquirido malos hábitos, tanto en el hogar como con las malas compañías. De este modo la tarea escolar

es contrarrestada fuera, y sólo en el caso de que se constituya en maestro todo superior (Esparta) y que la escuela practique una infusión de instrucción en las arterias de esta inmediata institución al igual que en las demás, podría franquearse esta dificultad, porque no olvidemos que el fin de la escuela es mejorar al niño y a la sociedad.

Por otra parte, el niño tiene generalmente la idea de castigo asociada a la de escuela, porque así lo han querido los padres faltos de instrucción («Si me

molestas, te mando a la escuela»). También suelen tenerla como algo separado de la vida práctica, por la soledad en que elabora, sin relacionarse con la sociedad. (El niño cree aplicar lo aprendido allí mismo y no afuera.) Esta dificultad se vence poniendo en relación la escuela con la sociedad (fiestas, concursos). Y por último, el maestro dispone de muy poco tiempo y por eso el trato con los discípulos es corto para inculcarles todo lo relacionado con la moral.

T. L. OLIVARDÍA

---

## Pepita Jiménez

de Juan Valera

---

Conferencia dictada el 24 de Junio de 1918, en el aula de castellano, ante mis compañeros del IV Año Normal

Hacer el juicio crítico de una obra grande cuando apenas comenzamos a saborear lo que hay de dulce en la prosa castellana, es muy difícil; es algo así como querer romper una valla infranqueable que se presenta a los ojos del principiante.

Yo, desnudo de toda joya literaria que pueda acreditar me ante vosotros, y envuelto sólo con el manto del estudiante, vengo a relataros la impresión que se ha grabado en mi alma con la lectura de *Pepita Jiménez*, obra maestra

de don Juan Valera, gallarda pluma de la lengua de Castilla.

A decir verdad, de cuantas novelas he leído, que son pocas por cierto, considero a *Pepita Jiménez* como una de las más altas cumbres de nuestra literatura.

Son personajes principales de esta obra, don Luis de Vargas, hijo de don Pedro de Vargas, el señor Deán, Pepita Jiménez, el Vicario y Antoñona.

Desde que don Luis llegó a la edad de doce años, su padre lo entregó al señor Deán para que

sacara de él lo que quisiera. Diez años permaneció el joven al lado de su tío, y durante ese tiempo, la lectura de autores místicos y de las Escrituras Santas, le hicieron ver que había nacido para sacrificar las pasiones de su alma en aras de la religión. En otras palabras, don Luis creía tener vocación para el sacerdocio, cuando lo que apenas acariciaba era una ilusión; una ligera nubecilla dorada que iba a disiparse al calor de las irradiaciones del Amor.

Mientras estuvo con su tío en el Seminario, soñaba con el altar y con todos aquellos misticismos de que tanto le habían hablado los libros.

Después de diez años don Luis fué a pasar una temporada al lado de su padre. Apenas llegó a la aldea, tuvo noticias de una hermosa mujer llamada Pepita Jiménez, cuya madre vivía casi en la miseria, sin otro bien que su hija. Tanta fué la estrechez y tanta la amargura de la pobre madre, que se vió obligada a casar su hija con un viejo rico de 80 años. A los 3 de casada con don Gumersindo (que así se llamaba el esposo), enviuda y queda como heredera de una inmensa fortuna que le permitía vivir holgadamente y llevar la felicidad a la cabafia de los pobres. Era tan bella esta viudita de 20 años, que todo el que la miraba se sentía inclinado a amarla. Don Pedro, naturalmente, era de éstos y quizá el que hasta aquí tuvo mejor éxito en la conquista de ese gran corazón; de ese corazón todo sentimiento, todo amor a la humanidad.

Como dije antes, no bien hubo llegado don Luis a la aldea, cuan-

do oyó el nombre de quien con una mirada le robaría el alma.

Comienzan aquí las cartas que don Luis escribe a su tío, en las que no habla de otra cosa más que de Pepita. Son 15 por todas, y todas ellas están impregnadas de un perfume a veces místico, amoroso a veces. En las primeras, principalmente, se muestra don Luis cansado de esa vida de diversiones, paseos y tertulias con Pepita, pues cree que estas expansiones aunadas a la falta de las lecturas acostumbradas, del aislamiento y las meditaciones, le harían perder la vocación, serían la causa inevitable del desmoronamiento del edificio que había construído sobre bases ilusorias.

Sin embargo, amaba apasionadamente a Pepita. Oíd si no:

«Cada vez que se encuentran nuestras miradas, escribe, se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan se me figura que se unen y compenetran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarían a saberse, y se recitan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no hay voz que exprese ni acordada cítara que module».

Y así fué don Luis acercándose más y más a lo que él llamaba su caída. Cada día cometía un nuevo pecado, y cada pecado era un paso que lo alejaba del altar en donde tantas veces había soñado verse.

Decíale al señor Deán que deseaba regresar a su lado para extasiarse de nuevo en la contemplación divina y en aquellos ritos propios de un aspirante a clérigo. Pero, a su pesar, tenía que amar



a Pepita; tenía que corresponder a la mirada dulce y a la dulce sonrisa con que esa virgen le había dicho «te amo». Así es que pronto el ideal soñado de don Luis cedió al deseo de las caricias de unas manos de nieve y de las tiernas miradas de unos ojitos de Circe. Había caído, pero una vez en el fondo, dominado por la pasión vio el abismo, abismo si era, menos profundo de lo que su imaginación le había pintado.

En efecto, don Luis «ahorcó los hábitos» en la cita del 23 de Junio, y desde entonces, entregóse a Pepita en cuerpo y alma. ¡Quién lo creyera!.... don Luis, un joven que aspiraba a la gloria, perdonando pecados, predicando a las multitudes y redimiendo almas, había conseguido lo que más de quince amantes, inclusive su padre, no consiguieron jamás, después de requiebros y de llantos.

Así es que estos dos seres, en cuyas miradas sus almas se lanzaban, viéronse unidos por el estrecho vínculo del matrimonio un mes después de la cita del 23. Naturalmente, piadosos ambos, fueron cuando casados, dechado de virtudes, flor de la alegría, espejo en que se miraba la sociedad.

Aquí termina don Juan Valera lo que él llama «el menos desabrido fruto de mi estéril ingenio», y aquí debería terminar yo tam-

bién, si no fuera por la promesa que os hice al comenzar. Veamos....

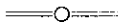
Es de notar en esta obra la amenidad, galanura y nobleza de estilo en que está escrita; la naturalidad y sencillez con que la pluma de Valera pinta el cuadro en que se desarrollan los sucesos; el fuego que hay desde el principio hasta el fin, y muchas otras cosas que criterios más diestros que el mío pueden descubrir en esa fuente inagotable de puras emociones.

Evidentemente, el espíritu filosófico de esta novela es muy profundo. Escrita cuando todo España se encontraba «fuera de su asiento por una revolución radical», no puede ser menos que el reflejo de todas las tendencias y todos los ideales. De aquí que todos la lean con igual interés.

Destácase en dicha obra la lucha entre los amores de don Pedro y su hijo; la confabulación de todos para probar el temple del alma de don Luis y ver si verdaderamente ardía en ella esa pasión que tanto había dado a comprender; esa aspiración a ser cura y confundirse con Dios en el altar.... Mágicos cuadros que a cargo del pincel de don Juan Valera adquieren ese matiz de gracia y de frescura propio de las obras en donde hay amor, poesía.

T. R. CÉSPEDES A.

## ¡SOLA!



A somado a una de las ventanas del Instituto y mirando hacia el Ancón, ha surgido en mi mente un recuerdo lejano.

Era una cálida mañana de verano, con aquel encanto de los amaneceres campestres; la aurora había pasado y Apolo comenzaba a extender por la superficie de la tierra las hebras de su áurea cabellera, disipando los restos de la niebla que empañaban el horizonte y haciendo brillar las menudas gotas de rocío, que, temblando sobre las hojas y flores que cubrían el campo, reflejaban sus tibios rayos.

Yo, de pechos en la ventana de mi cuarto, contemplaba el paisaje al que servían de marco, de un lado la línea azul y nebulosa de la alta cordillera y de otro la roja del horizonte que se confundía con la verde plateada del mar.

El pueblo comenzaba a despertar; las casas agrupadas en calles tortuosas y estrechas comenzaban a abrir sus puertas; una que otra leve columna de humo blanco azulado se elevaba de entre ellas empañando la limpidez del aire; sus techos de paja adquirían tenues tintes dorados y en los de zinc reverberaban los rayos de sol produciendo cambiantes luminosas.

Yo paseaba mi mirada por el conjunto, posándola ya en las oscuras paredes de barro, ya en las blancas de cal, o en las copas

de los árboles que levantaban sus penachos de follaje por entre las casas, salpicando así de manchas de verdura el cuadro del paisaje.

Ante mí se levantaba la figura sombría de la vetusta iglesia la cual dominaba todas las alturas de la población, y elevaba su torre sobre todos los techos señalando con ella al infinito.

Por la pequeña altura que separa las dos partes en que está dividido el pueblo serpentea una vereda amarilla. Por el tortuoso camino asciende pausada y trabajosamente la pequeña cuesta, agobiada por el peso de una cesta llena de verduras, una vieja vestida de harapos y aprisionados los pies en toscos zapatos de madera, apoyándose en un grueso y nudoso bastón; unos perros vagabundos que van en busca de sus presas le ladran y tiran del vestido. La pobre anciana se detiene vencida por el cansancio y la fatiga, bañado el arrugado rostro de sudor, sosteniéndose sobre sus temblorosas piernas y el tosco bastón; vuelve la cabeza a uno y otro lado buscando alguien que la ayude a conducir la carga, y la angustia se refleja en su rostro al encontrarse sola.

Sola! Cómo suena en mi ánimo esta terrible palabra con la formidable extensión de su significado!

Al contemplar a esa pobre vie-

ja una ternura infinita invade mi pecho asomándose en mis ojos, y siento deseos irresistibles de correr a ayudarla. Y es que veo en ella una imagen de mi existencia; comprendo entonces lo que significa estar solo.

Yo también marchó solo por la escabrosa senda de la existencia, ya el dolor hizo presa en mi alma y el cansancio invade mi cuerpo; la marcha se me hace penosa, amarga, y cuando contemplo la cumbre, lo que todavía me falta caminar, siento una

angustia inmensa y el pensamiento terrible de abreviar la jornada cruza mi mente cual vívido relámpago, al pensar en lo difícil que resulta y en los pesares y dolores que sufriré en su prosecución.

Vuelvo entonces la cabeza buscando un compañero, un hombre donde apoyarme; espero inútilmente oír las frases de aliento de un amigo..... y nada! me encuentro solo!

DANIEL JACINTO.

Panamá, Julio de 1918.

---

## Algo sobre “La vida es sueño”

---

A mi padre, cariñosamente.

Composición leída en la  
«Sociedad Cervantes»

Hay en la bella literatura de Cervantes piezas dramáticas que, ya sea por su profunda moralidad, por su versificación elegante, por la fantasía y romanticismo peculiares en el poeta, o ya por otras muchas causas, brillan como estrellas de raro y purísimo esplendor en el firmamento de la lengua de Castilla.

Uno de estos sirios del idioma es «La Vida es Sueño», que honra y coloca como poeta de primera línea a su autor.

No me detengo a dar datos biográficos del príncipe de los

poetas dramáticos españoles, de aquél que, tan sólo con el poder maravilloso de su pluma y de su ingenio, «ganó laureles que el tiempo suele guardar a las canas», se inmortalizó e inmortalizó a su patria.

Todo lo que yo pueda decir acerca de él, es sabido. Me limitaré, pues, en armonía con mi poca preparación, a reproducir mis impresiones de «La Vida es Sueño».

Es esta obra manantial inagotable de poesía y tesoro valioso y eterno de verdades, virtudes y pensamientos elevados. Cuando me deleito leyendo sus versos, que, con admirable maes-

tría, trazó el Maestro, me parece que aun vive en ellos el espíritu romántico y filosófico del poeta.

¡Con cuánta elegancia, naturalidad y versificación robusta describe Calderón su «Vida es Sueño»!

El contenido de esta obra, sin segunda entre las de su índole, es dicho con mis débiles frases, el siguiente:

Un rey polaco, Basilio, profundo en Astronomía, por sus deducciones astrológicas tiene plenamente la convicción de que su hijo, que está al nacer, ha de ser un Nerón, un Diocleciano, para sus pueblos, un tirano que sólo querrá gobernar valiéndose de la fuerza bruta, la violación y la indignidad.

El rey, que ama verdaderamente a su patria, trata de evitar que el hado resulte verdadero; razón por la cual, apenas nace el príncipe, sin advertir a nadie de lo que piensa hacer, lo reduce a prisión.

Un anciano de cabellos blancos cuida del infante, inculcándole sólo aquellas ideas modestas y humildes que suavizan y hasta destruyen el instinto feroz de los hombres, como llegaría a ser el de Segismundo, y procurando apartar de la mente del joven aquellas ideas de ambición y de gloria que pudieran destruir los planes del viejo rey Basilio.

Han pasado muchos años.....

Quiéren heredar la corona de Polonia, Estrella infanta y Astolfo, príncipe moscovita; pero el previsor Basilio, amigo inseparable de la justicia, antes de resignarse a hacer donativo de su corona a dos extraños, quiere

convencerse, una vez más, de si las estrellas han errado o han dicho la verdad; si resulta aquel sér bárbaro y despreciable que los astros han augurado o si se verifica lo contrario. Si sucede lo primero, pasará la honorable corona de Basilio a dos extraños, y si no, será Segismundo legítimo rey de la nación.

Para llegar al fin que se propone, el sabio estrellero, valiéndose de una bebida narcotizada, hace que Segismundo sea conducido a palacio, para que, al despertar, se le sirva como rey.

Al salir de los brazos de Morfeo, el desdichado príncipe se admira y exclama:

“¡Válgame el cielo, qué veo!  
¡Válgame el cielo, qué miro,  
Con poco espanto lo admiro,  
Con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos?  
¿Yo entre telas y brocados?  
¿Yo cercado de criados  
tan lucidos y briosos?

¿Yo despertar de dormir  
en lecho tan excelente?  
¿Yo en medio de tanta gente  
que me sirva de vestir?

Decir que sueño es engaño:  
bien sé que despierto estoy.  
¿Yo Segismundo no soy?  
Dadme cielos desengaño.

Decidme, ¿qué pudo ser  
esto que a mi fantasía  
sucedió mientras dormía,  
que aquí me he llegado a ver?

Pero sea lo que fuere  
¿quién me mete en discurrir?  
Dejarme quiero servir,  
y venga lo que viniere.”

Seguro de que tiene el poder,  
da rienda suelta a sus instintos

brutales, a la pasión sensual y al absolutismo propios solamente de hombres como él.

Basilio seguro de que las estrellas no han mentido, convencido de la triste realidad, lo hace conducir nuevamente a la prisión, resuelto ya a dejar en herencia el trono a sus sobrinos.

Segismundo después de tan pasajero sueño, modera la brutalidad, característica en él, los instintos felinos y se resuelve con una tranquilidad asombrosa y estoica, a soportar el hado cruel, convencido, más que nunca, de estas verdades que versifica Calderón:

“¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño;  
que toda la vida es sueño  
y los sueños, sueños son.”

Las ambiciones de dominación, grandeza y gloria han sido despreciadas ya por Segismundo; pero esas pompas y galas que él desecha vienen a su encuentro:

Una partida de revolucionarios lo aclama, lo quiere como

rey, y entonces, aquel sér inmundado, de corazón de fiera y de alma de reptil, logra vencer al autor de sus días; pero en vez de tratarlo con aquella aspereza habitual en él, lo hace respetuosamente, convencido de que está soñando y de que, aun en sueños, debe hacerse el mayor bien posible.

Desde entonces Segismundo sufre una metamorfosis moral, «levantándose libre y sereno, sobre la pasión encadenada, el imperio de la conciencia reflexiva y moderadora».

Termina Calderón su magistral obra con alabanzas al protagonista Segismundo, ya regenerado, ejecutando actos de bondad y de cultura.

En estas estrofas, como en las demás del drama, causan delectación inefable el estro y numen poéticos, tanto como la profundidad del vate excelso, autor de la sin par obra titulada «La Vida es Sueño», cuya lectura aleja del alma la melancolía e imprisiona saludablemente.

MANUEL VIRGILIO PATIÑO.  
Panamá, 5 de Julio de 1918.

---

## SUEÑO

---

(Composición leída en la Sociedad Cervantes)

Honorables socios:

Designado fui la vez pasada para que leyera hoy, que llamamos «martes literarios», una composición cualquiera; héme aquí a dar cumplimiento a ese deber que en tan alto honor me coloca; pero antes de todo, quiero hacerles una advertencia que

encuentro apropiada para el caso y es la de expresarles de antemano, que no van a oír un relato con frases elocuentes y preciosas, sino una serie de mal hilvanadas proposiciones, a las que he escogido para dar cumplimiento a mi deber, por ser exclusivamente hijas de mis más nobles deseos y de mi conciencia.

Perdonadme, pues y oídme el relato de uno de mis sueños infantiles. Yo he sido desde mi niñez un gran soñador de cosas imposibles y he visto en esos sueños transformados en humanos los seres divinos y los malignos.

Sucedió que, a la edad de 10 a 12 años (si bien me acuerdo) viajé por esa región vacía que llamamos cielo, donde el Omnipotente mora y desde donde vela por la vida de los seres que habitamos el mundo. Como es sabido, antes, (no sé si ahora también), los abuelos entretenían a sus nietos con relatos que tomaban de la «Historia Sagrada» o de otros libros santos; de la misma manera fui yo entretenido durante las primeras horas de las tristes noches de invierno, cuando no podía salir a jugar al escondite ni el pañuelo perdido.

Esos cuentos conmovedores para mi alma joven, me llevaban a la meditación por largas horas después que me entregaba al reposo. Esta fue la causa provocadora del sueño que seguiré refiriéndoles.

El Demonio, fiera, la más temible de todas, porque arroja fuego por los ojos y rasga cuanto quiere con sus garras más fuertes que el acero, se apoderó de mí aprovechando el silencio de la noche, cuando todos quietos en su lecho, reposaban dormidos..... y voló conmigo a esa región oscura envuelta por las nubes densas del invierno crudo, las que atravesamos sin encontrar obstáculo alguno.

¡Cuánto pensé en mi madre durante esas horas de horror y de desgracia y ella despreocupada dormía sin saber de las angustias ni del espanto de su hijo!

¡Cuántos ayes de dolor dejé escapar! ¡Cuánto miedo invadía todo mi sér! y cuántas lágrimas ¡ay! mis párpados dejaron desbordar. Después de algunos momentos de penoso viaje sentí mi espíritu flotar en la nada; todo me pareció más terrible y misterioso aún. Llamas rojizas como inmensas lenguas puntiagudas tendían a lamerme todo; su transparencia dejaba observar las figuras de multitud de diablitos que reían y gritaban llenos de placer, porque ellos no sentían el fuego abrasador de aquel recinto.

Pobre de mí pensaba, ya no volveré a coger más las bolas ni las pepitas para jugar al *chocolo*; ni la jaula para encarcelar al bimbín cantador, ni el biombo para matar las inocentes tórtolas que dormitan en sus nidos.

Mi espíritu dominado por el terror, me hacía repetir: ¡Cómo, Dios mío! ¿por qué haces esto?... Yo no he sido malo como Caín, que huyó perseguido por su conciencia, ni bárbaro como los asesinos que huyeron de ti; ni como el fugitivo ladrón, para que se me haga mercedor a un castigo eterno y cruel como éste. Y los diablitos contentos repetían sus himnos de venganza a mi alrededor, ya tocando mi camisón unos, bailándome por delante otros y algunos más activos anunciando con voces de fiera desatada la presencia de un nuevo huésped.

Hacía esfuerzos sobrenaturales para rezar el «Padre Nuestro» o el «Ave María», para juntar las manos y enviar desde allí un bendito lastimoso a mis padres, para pedir socorro a todos los ángeles buenos, pero todo inten-

## PRELUDIOS

to era inútil, llaves invisibles dominaban todos mis órganos; mis mandíbulas tomara la rigidez de las mandíbulas muertas; las manos quietas, pero ardidas por el fuego dominante que despedía el cuerpo de aquella enorme fiera; la lengua, incapaz de desobedecer al miedo, permanecía muda e inerte, y el pensamiento, único accionante vagaba en medio de cosas tristes y sólo en él se agitaban terroríficas visiones.

Era yo en esos momentos instrumento manejado por la voluntad ajena. ¡Qué triste el no ser dueño de sus actos! Cuán desgraciado es un hombre sin libertad! Desde entonces comprendí que la felicidad corre parejas con la libertad!

Momentos después, precedido de un silencio profundo apareció ante mi vista la figura hermosa de otro sér fantástico-divino, quien hizo una señal con estilo imperioso y todo pareció conmoverse de espanto; desde ese momento comencé a moverme sin que nadie me agarrara, empero, la garganta apretada, los labios hinchados y las manos requemadas y dolientes..... ¿A dónde iba? ¿Por dónde caminaba después? ¿Sería ése el Paraíso tan cantado por Milton, donde habitaron nuestro padre Adán y nuestra madre Eva? ¡Quién sabe! Yo vi todo lo que me habían contado mis abuelos..... Y seguí tras de aquella figura blanca y hermosa con rostro desconocido, atravesando senderos solitarios de clima agradable, de aire perfumado por las flores, en fin, caminando por un jardín sin límites.

Las margaritas sin fingida blancura prestaban su fragancia; las matas de jazmines des-

plegaban sus ramas adornadas por botoncitos blancos; las rosas finas lucían sus pétalos sonrientes, bañados por gotitas cristalinas de rocío que brillaban como estrellas; más allá, un monte de camelias, tristes como las tardes de invierno, y los claveles, los lirios y las violetas delicadas y tímidas me sonreían. Tanta ternura, tanta delicadeza me rodeaba que me olvidé por un momento de las hondas amarguras de mi alma. Salí luego de aquel terreno encantado para llegar a unas infinitas escaleras que ascendían hasta perderse de vista allá en la comba azul del cielo, en donde desapareció mi primer guía, para dar paso a la esbelta, hermosa y delicada imagen de un ángel. Subió conmigo hasta llegar a unos espaciosos salones, donde logré ver toda clase de objetos, juegos, dulces y cosas intocables. Dominado por una fuerza extraña atravesé aquellos salones, y ante mi vista apareció luego un trono reluciente que ascendía suavemente, como ascienden los cerros de arenas en las orillas del mar, en su cúspide un coro que dejaba oír dulcísimas voces. Una silla de oro adornada por diamantes inmensos que despedían rayos mil, dejaba pender de sus brazos anchas y largas cintas blancas que iban a descansar en otras sillas menos lujosas, donde yacían humildemente tendidos cuatro ángeles alados. Yo, tímido, tembloroso y triste, esperaba ansioso la sentencia del divino, del que nunca se equivocaba, del que todo lo sabe. La sentencia no la escuché, porque los claros rayos del sol naciente al deslizarse por entre las celosías

de las ventanas me despertaron.

Varios días después, pasé triste, pensando en ese sueño terrible, y muchos años más tarde

tratando de comprenderlo, vine a cerciorarme de que «los sueños, sueños son»

JUSTO J. ESPINO JR.

## Dolor y Amor

Fue el atardecer de un día de abril. Ya el sol en Occidente parecía un crisol donde bullían el fuego y el oro, y sobre la rizada superficie de las aguas del mar, formaba una brillante estela, cual argentina cinta tendida al través de su distancia azul.

Sobre el tronco de un árbol vetado de blanco por la sal marina, estaba Armando sentado.

Contemplaba con serenidad la vasta y polvorienta playa, que bajo los macilentos rayos del sol muriente brillaba con tonalidades de oro.

Las brisas playeras soplaban impregnadas de olores marítimos. Sus trémolas cada vez más suaves y delicadas parecían arrancar en Armando, un dolor que en ese entonces nublaba su alma.

Armando necesitaba exteriorizar este dolor para obtener su tranquilidad, un dolor que a pesar de mortificarlo tanto le hacía experimentar cierta felicidad al soportarlo.

En medio de la lucha interior, llegó por fin la noche, y con su misteriosa y negra sombra, obscureció el mundo.

Tantos pensamientos a cual más ardientes y locos se paralizaron ante este insondable abismo de la nocturna obscuridad.

Retiróse Armando del tronco para él querido, y la obscuridad de la noche, no pudo eclipsar una felicidad que ya empezaba a germinar en su espíritu.

Y sobre el frío tallo de una lánguida palmera que parecía soñar entre las sombras nocturnas se destacaba cual silueta bíblica, la angelical figura de Rosario.

La noche entera parecía rendirse ante ella.

La brisa que apenas agitaba indiscretamente las finas hebras de su abundante cabellera, regaba por doquier el olor suave y sagrado de Rosario. Todo el espacio que la rodeaba estaba ocupado por una nube de fragancia, de perfume a rosa.

Si el dolor experimentado por Armando había sido grande, al encontrarse ahora con Rosario en tales circunstancias, la felicidad no tuvo límites.

Rosario a su vez era atormentada por aquel mismo dolor, que no era sino los primeros efluvios o las primeras alboradas de su amor ideal. La fuerza de la naturaleza había llevado a dos seres de una misma alma a poético lugar, para que al rítmico latir de sus tiernos corazones, se cantaran ambos su dolor y su amor ante el profundo silencio de la noche